

Yo, robot



Marina Peruani*

El 9 de septiembre, Clarín publicó una nota titulada “En una Facultad de la UBA ya hay 20 materias que se enseñan con robots”.¹ Allí, el periodista Ricardo Braginski escribe que “unos 3000 estudiantes de 20 materias de la UBA se encontraron este segundo cuatrimestre con un nuevo profesor”. Se presenta así la creación de un *chatbot* de Inteligencia Artificial adaptado para la enseñanza de cada disciplina. Lo que el artículo destaca sobre este nuevo “profesor” es que “no es muy permisivo ni muy exigente, ni muy cálido ni muy frío. Contesta siempre lo que se le pregunta, está disponible 24 por 7. Y *no se cansa nunca*” (el destacado es del original). Así, el resultado de un trabajo interdisciplinario que involucró a 300 docentes de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA para entrenar este modelo de IA a medida de las cátedras participantes, se nos muestra como una suerte de moderno Prometeo sin fallas de la educación superior: la combinación perfecta entre la proporción áurea de exigencia, la ausencia de emociones y la disponibilidad absoluta para responder a la demanda de los estudiantes durante el tiempo que sea, cualquier día de la semana y a cualquier hora del día. Más adelante, el artículo aclara (u oscurece), en palabras del subsecretario académico de la Facultad, que “la idea no es reemplazar a los profesores, sino que [estos *chatbots*] funcionen como un complemento” y que “como

* UNPAZ-UNQ.

¹ Acceso a la nota completa en https://www.clarin.com/sociedad/facultad-uba-20-materias-ensenan-robots_0_IkJAs19T2.html

cualquier tecnología, va a ser un soporte más”. Sin embargo, la aclaración tardía no contrarresta la construcción discursiva previa.

En 1963, John Austin, un influyente filósofo del lenguaje, publica *Cómo hacer cosas con palabras*. En resumidas cuentas y simplificando mucho, Austin cuestiona que el estudio del lenguaje se restringiera a su función puramente descriptiva, por la cual los enunciados solo podían juzgarse en cuanto a la verdad o falsedad de lo que predicaban respecto de la realidad, y pone de relieve la existencia de enunciados realizativos que no refieren a una realidad extralingüística sino que constituyen la realidad misma. El ejemplo prototípico de esta clase de acto de habla es la promesa. Al prometer algo, el hablante no está dando una información de una promesa que preexiste al acto de habla sino que, al decir “prometo X”, genera la promesa de X. En un segundo momento de su teorización, Austin reconoce que todo acto de habla tiene una dimensión realizativa, o sea, que todo acto de habla implica “hacer” algo con el lenguaje, aunque no se trate de un acto realizativo explícito como prometer, declarar, pedir o jurar.

Echo mano a esta apurada revisión de la teoría del lenguaje de Austin a propósito de esa nota de *Clarín*, para fundamentar que llamar profesor a un *chatbot* entrenado por docentes de larga trayectoria –cuyo conocimiento y trabajo queda despojado de su humanidad y del pago por su labor una vez que estos aportes se transforman en insumos para el algoritmo– no es solo “una forma de decir” sino una forma de moldear un determinado estado de cosas: por un lado, es una forma de concebir estas nuevas tecnologías y, a su vez, una forma de concebir lo esperable o deseable de un profesor. En ese sentido, no es ingenuo ni inofensivo subrayar como virtud que pueda haber una figura docente adaptada para trabajar a demanda y sin demandas (salariales, de derechos, de condiciones dignas de trabajo), y a la que se le pueda borrar todo rasgo de subjetividad.

Es insoslayable el contexto en el que se escribe esa nota y en el que damos los debates sobre las promesas y las amenazas de las IA para el aprendizaje. El desembarco de estos *chatbots* en la Facultad de Ciencias Económicas es presentado como la realización *naïf and pop* de la fantasía transhumanista de liberación ante las limitaciones humanas, en un momento en el que los docentes enfrentamos la pérdida salarial más acuciante de los últimos cuarenta años y llevamos dos años y medio batallando para que se sancione una ley de presupuesto universitario; años en los que, además, se estableció una relación inversamente proporcional entre el poder adquisitivo y las exigencias laborales, que profundizan las condiciones de precarización y explotación en las que trabajamos.

La perspectiva de un profesor que pueda trabajar simultáneamente con innumerable cantidad de estudiantes, atendiendo a las exigencias individuales, que no necesite comer ni dormir, que no haga paros ni marchas y que pueda ocultar sus sesgos cognitivos en la aparente asepsia del algoritmo, se expone como el ideal en una sociedad que ve a los docentes como un mero medio de transmisión de un saber que se piensa objetivo e independiente de quien lo enuncia. El latiguillo acusatorio que se instaló en el sentido común de que en las universidades se “adoctrina” no es otra cosa que la manifestación de esa fantasía colectiva que imagina un cúmulo de saberes objetivos que hay que extraer de una especie de “mina del conocimiento”, y a los cuales los docentes, que tenemos los picos y las palas para sacarlos, contaminamos con veneno ideológico al que nosotros llamamos, en clara oposición a esa idea, pensa-

miento crítico. ¿Qué mejor, en ese caso, que exprimírnos esos saberes para integrarlos a un algoritmo que, dentro de la misma fantasía, podría despojarse de aquellos contaminantes?

Otra construcción discursiva en torno a los nuevos desarrollos de la IA que me interesa señalar es aquella que la presenta como un destino inevitable de la educación universitaria. Las discusiones y cursos académicos recientes giran en torno a cómo incorporar la IA en la enseñanza superior de un modo crítico, qué riesgos deben contemplarse y de qué forma se le pueden dar usos virtuosos. Se instala así una deriva de “inevitabilidad” en la que el único margen de acción es pensar el cómo, pero se descarta de plano la posibilidad de discutir si la incorporación de la IA en la enseñanza es deseable, conveniente o siquiera lógica. El argumento para esta naturalización es que “los estudiantes ya la usan de forma diaria para el estudio” (como arguye el subsecretario académico de Ciencias Económicas de la UBA) y, por lo tanto, las universidades debemos amoldarnos a eso que ya sucede por fuera de la universidad.

En un ciclo de entrevistas de la UNSAM, Silvia Grinberg, doctora en Educación, señalaba que un reproche corriente que se le hace a la escuela es que “no se adapta a la realidad”. Grinberg llamaba la atención sobre esta exigencia y argumentaba que entonces debería educarse para la angustia, el desempleo y la agresividad. En la misma línea, me pregunto cuándo fue que empezamos a creer que la universidad debe incorporar lo que sucede por fuera de las aulas, en la llamada “realidad” –como si lo que sucede en las aulas fuera ficción–, en lugar de pensar las instituciones de enseñanza, por el contrario, como un refugio frente al sentido común y las prácticas irreflexivas o automáticas. La universidad ya atravesó la explosión de los motores de búsqueda, del “googlealo” como imperativo para acceder a la información o corroborarla. Sin embargo, las prácticas académicas de validación de las fuentes no se modificaron porque los estudiantes en su vida diaria acudieran a Google como fuente de todo saber y justicia, y en todo caso, el registro de esta práctica corriente llevó a los docentes a subrayar la diferencia entre fuentes académicas legitimadas por la comunidad disciplinar y Wikipedia o El Rincón del Vago.

Antes de entrar en esa suerte de FOMO² académico que últimamente nos acecha, para intentar resolver cuanto antes cómo incorporar la IA en la enseñanza superior, como si el hecho de que los alumnos ya la usen nos forzara a naturalizar esas prácticas, deberíamos poner el foco en observar cómo la están usando. En ese sentido, la preocupación creciente entre colegas no es tanto cómo detectar si los estudiantes hicieron trampa en sus trabajos, algo que resulta evidente la mayoría de las veces, como el hecho de que los estudiantes no son capaces de realizar por sí mismos las tareas cognitivas que les encomiendan a estas tecnologías: escribir textos cohesivos y coherentes, sintetizar las ideas de los textos y establecer vinculaciones entre textos e ideas. *El mayor problema que estamos enfrentando no es que los docentes sean reemplazados por IA, sino que los reemplazados por IA están siendo los estudiantes.*

² Fear Of Missing Out –que podría traducirse como “miedo a quedar afuera” o “miedo a perderse algo”– es una expresión que se popularizó en los últimos tiempos y refiere a la conducta adictiva que generan las redes sociales en sus usuarios a partir del temor a no enterarse de lo último, a quedar aislados de las interacciones con sus contactos o llegar tarde a las nuevas tendencias.

Un estudio reciente del MIT³ advierte sobre los costos cognitivos que tiene el uso de LLM como ChatGPT para la escritura académica. Encuentran que los estudiantes que utilizan LLM para escribir sus ensayos presentan dificultades sistemáticas para “retener y recordar información, un aspecto clave del aprendizaje”. Antes de avanzar con la incorporación de estas tecnologías para la enseñanza, cabe preguntarse cuán factible es que un estudiante pueda ocuparse de procesos más complejos si no domina o siquiera reconoce los procesos cognitivos más elementales involucrados en las tareas de leer, sintetizar, retener información para establecer asociaciones con información nueva. ¿No sería un objetivo pedagógico razonable hacerles visibles estas pérdidas? ¿Qué consecuencias tendría que los estudiantes dependan de esta tecnología para realizar procesos cognitivos que se convierten en una caja negra? ¿Seguiríamos hablando de una herramienta o los usuarios pasarían a ser su instrumento? Frente a todas estas inquietudes e interrogantes, la pregunta principal que deberíamos intentar responder es si la universidad tiene que adaptarse a una realidad externa que debe incorporar, o si debe participar activamente de la creación de una realidad deseable.

3 Kosmyna, N. (2025). Your Brain on ChatGPT: Accumulation of Cognitive Debt when Using an AI Assistant for Essay Writing Task.